

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

TERCERA COALICIÓN

Permanencia del papa en París. — Precauciones de Napoleón para detenerle. — No habiendo podido las escuadras maniobrar en diciembre, emplea Napoleón el invierno en organizar la Italia. — Transformación de la república italiana en reino dependiente del imperio francés. — Ofrecese este reino á José Bonaparte, el cual lo rehusa. — Decídese Napoleón á tomar la corona de hierro, declarando que las dos coronas de Francia y de Italia se separarán al restablecerse la paz. — Sesión solemne en el senado. — Se fija el mes de mayo de 1805 para la segunda coronación que debe verificarse en Milán. — Piensa Napoleón que su presencia allende los Alpes podrá serle favorable para ocultar mejor sus proyectos marítimos. — Sus recursos navales se aumentan repentinamente por causa de la declaración de guerra que hace la Inglaterra á la España. — Proyecto de una grande expedición á la India. — Dudas momentáneas entre este proyecto y el de una expedición directa contra la Inglaterra. — Adopción definitiva de este último. — Conclúyense todos los preparativos para verificar la irrupción en los meses de julio y agosto. — Las escuadras de Tolón, Cádiz, el Ferrol, Rochefort y Brest deben reunirse en la Martinica para volver en julio á la Mancha en número de sesenta navíos. — Dispónese por fin el papa á regresar á Roma. — Sus explicaciones con Napoleón antes de separarse de él. — Respuesta á los diversos puntos tocados por el papa. — Disgusto de éste, atenuado no obstante por el buen éxito de su viaje á Francia. — Dirígense el papa á Roma y Napoleón á Milán. — Disposiciones de las cortes europeas. — Sus tendencias á una nueva coalición. — Estado del gabinete ruso. — Los jóvenes que rodean á Alejandro forman un gran proyecto de mediación europea. — Las ideas que entran en este plan son el verdadero origen de los tratados de 1815. — Encárgase á Mr. de Nowosiltzoff que las haga aceptar en Londres. — Recibimiento que le hace Pitt. — Convierte el ministro inglés el plan de mediación en un plan de coalición contra la Francia. — Regreso de Mr. de Nowosiltzoff á San Petersburgo. — El gabinete ruso firma con lord Gówer el tratado que constituye la tercera coalición. — Sométese la ratificación de este tratado á la condición de que la Inglaterra cumpla la evacuación de la isla de Malta. — Con objeto de dar á esta coalición la forma preliminar de una mediación, encárgase á Mr. de Nowosiltzoff que vaya á París á tratar con Napoleón. — Esfuerzos inútiles de la Rusia para comprometer á la Prusia en la nueva coalición. — Esfuerzos, menos desgraciados, que emplea con el Austria, la cual admite los compromisos eventuales. — La Rusia se vale de la mediación de la Prusia para conseguir que Napoleón dé sus pasaportes á Mr. de Nowosiltzoff. — Concédense sus pasaportes. — Napoleón en Italia. — Entusiasmo que inspira á los italianos su persona. — Coronación en Milán. — Eugenio de Beauharnais declarado virrey. — Fiestas militares y visitas á todas las ciudades. — El aspecto de la Italia arrastra de una manera invencible á Napoleón á ciertos proyectos. — Proyecto para lo sucesivo expulsar á los Borbones de Nápoles, y se decide inmediatamente á reunir á Génova con la Francia. — Motivos de esta reunión. — Constitución del ducado de Luca en feudo imperial, en favor de la princesa Elisa. — Después de una permanencia de tres meses en Italia, se dispone Napoleón á trasladarse á Boloña para efectuar la invasión. — Ganteaume continúa en Brest, sin hallar ocasión propicia para darse á la vela. — Dase orden á Villeneuve y á Gravina, que habían salido felizmente de Tolón y de Cádiz, de hacer levantar el bloqueo que sufre Ganteaume, para dirigirse juntos á la Mancha. — Permanencia de Napoleón en Génova. — Empeñe repentinamente su viaje á Fontainebleau. — Mientras Napoleón dispone la invasión de la Inglaterra, todas las potencias del continente preparan una guerra formidable contra la Francia. — La Rusia, un tanto apurada por la repulsa de la Inglaterra de abandonar á Malta, saca pretexto de la reunión de Génova para seguir adelante, y el Austria una razón para decidirse inmediatamente. — Tratado de subsidio. — Armamentos inmediatos negados obstinadamente á Napoleón. — Reconoce éste y pide explicaciones, dando principio á algunos preparativos hacia la Italia y el Rhin. — Más convencido que nunca de la necesidad de cortar en el mismo Londres el nudo de todas las coaliciones, parte para Boloña. — Se determina á embarcarse, é impaciéntase esperando la escuadra francesa. — Movimiento de las escuadras. — Larga y feliz navegación de Villeneuve y de Gravina hasta la Martinica. — Primeros síntomas de desaliento en el almirante Villeneuve. — Vuelta repentina á Europa y navegación hacia el Ferrol para hacer levantar el bloqueo de este puerto. — Combate naval del Ferrol contra el almirante Cálder. — El almirante francés hubiera podido atribuirse la victoria á no haber perdido dos navíos españoles. — Llena su cometido haciendo levantar el bloqueo del Ferrol, y juntando dos nuevas divisiones francesa y española. — En vez de cobrar aliento y de acudir á Ganteaume librándole del bloqueo para dirigirse á la Mancha con cincuenta navíos, Villeneuve, aturdido, se decide á dar la vela hacia Cádiz, dejando creer á Napoleón que se encamina hacia Brest. — Larga espera de Napoleón en Boloña. — Sus esperanzas al recibir los primeros pliegos del Ferrol. — Su exasperación al sospechar que Villeneuve se ha dirigido hacia Cádiz. — Violenta agitación, y cólera contra el almirante Decrés. — Noticias positivas de los proyectos del Austria. — Cambio repentino de resolución. — Plan de campaña de 1805. — Cuáles eran las probabilidades de buen éxito de la invasión, frustrada por culpa de Villeneuve. — Vuelve Napoleón definitivamente sus fuerzas contra el continente.

Tres días después de la ceremonia de la consagración, quiso Napoleón distribuir al ejército y á la guardia nacional las águilas que debían coronar las banderas del imperio. A esta ceremonia, no menos pomposamente dispuesta que la precedente, sirvió de escena el campo de Marte. Presentáronse á recibir los representantes de todos los cuerpos las águilas que les estaban destinadas, al pie de un magnífico trono erigido frente por frente al edificio de la Escuela Militar, y antes de recibirlas prestaron el juramento, que después cumplie-

ron, de defenderlas hasta la muerte. Aquel mismo día hubo un banquete en las Tullerías, en el cual el emperador y el papa se sentaron juntos, revestidos con sus ornamentos imperiales y pontificales, sirviéndoles los grandes oficiales de la corona.

La muchedumbre, siempre ansiosa de espectáculos nuevos, estaba maravillada de tanta suntuosidad: muchos, sin dejarse empero dominar por su significación, la admitían como una consecuencia natural del restablecimiento de la monarquía. Los hombres previsores

hacían votos por que el nuevo monarca no se dejara embriagar por aquellos humos de omnipotencia; pero sin que ningún siniestro pronóstico turbase aún el público contento (1), pues todavía se confiaba en la duración del nuevo orden de cosas. En medio de toda aquella magnificencia, quizá excesiva, se veía sin embargo una fiel consagración de los principios sociales proclamados por la revolución francesa, una prosperidad siempre crecida á pesar de la guerra y una continuación de grandeza que podía con justísima razón dejar satisfecho el más exigente orgullo nacional.

No hubiera querido el Padre Santo permanecer largo tiempo en París, pero tenía esperanza de que continuando allí encontraría una ocasión propicia para manifestar á Napoleón los deseos secretos de la corte romana; por lo tanto se resignaba á seguir viviendo en la corte de Francia otros dos ó tres meses. Por otra parte, la estación no le permitía volver á atravesar inmediatamente los Alpes. Napoleón, que deseaba tenerle á su lado para hacerle ver la Francia y apreciar su espíritu, para inclinarle á admitir las condiciones con las cuales podía verificarse el restablecimiento de la religión, y finalmente para granjearse su confianza por medio de comunicaciones francas y cotidianas, le instaba con afabilidad suma para que se detuviese, y acabó por vencer enteramente al santo pontífice.

Estaba Pio VII alojado en las Tullerías, con plena libertad para entregarse á sus gustos humildes y religiosos (2); pero acompañado, cuando se mostraba al público, de todos los atributos del poder supremo, escoltado por la guardia imperial, en una palabra, colmado de los más grandes honores. Su interesante figura, sus virtudes casi visibles en su persona, habían cautivado enteramente á la población parisiense, la cual le seguía por todas partes con una mezcla de curiosidad, de simpatía y de respeto. Recorría por turno todas las parroquias de París, en las cuales oficiaba entre un gentío extraordinario. Su presencia acrecentaba el impulso religioso que Napoleón se dedicaba á imprimir en los ánimos y el santo pontífice se gozaba de ello. Vi-

(1) No fué todo en aquella circuntancia satisfacción y júbilo; también hubo alarmas y temores. Durante la misma ceremonia, mientras Napoleón se trasladaba á Nuestra Señora, corrió entre el pueblo la voz de que se había tramado un motín para asesinarle, y aun aseguran testigos presenciales que de uno de los coches del cortejo, en que iba Bernadotte, salieron palabras de acaloramiento que, llegando á oídos del mismo Napoleón, le hicieron palidecer y fruncir el entrecejo.

Llovían al mismo tiempo folletos y libelos, clandestinamente difundidos, en los cuales se ponía en ridículo, y á veces con sumo chiste, aquella ceremonia. La triste coincidencia de haber sido proclamado en el mismo mes Dessalines como emperador de los negros de Haití, los cuales remedaban todo lo que pasaba en Francia, sirvió de poderosa arma á los periodistas ingleses para derramar á manos llenas el escarnio y el ludibrio de tan lastimoso paralelo sobre la nueva corte de París. La aristocracia europea se vengó entonces muy cruelmente de las humillaciones que le habían hecho sufrir aquellos hijos de la nada que rodeaban el trono imperial; pues cada personaje del imperio tenía su parodia correspondiente entre los dignatarios que á su alrededor puso el negro Dessalines. (N. del T.)

(2) Para que el papa no extrañase su alojamiento, Napoleón había hecho amueblar su cuarto en las Tullerías por el mismo estilo que estaba en Monte-Cavallo y en el Vaticano. El Santo Padre continuó allí haciendo el mismo género de vida que en Roma: se levantaba á las cinco de la mañana, y en sus comidas observaba la austera frugalidad que tenía por costumbre. (N. del T.)

sitaba los monumentos públicos, los museos enriquecidos por Napoleón, y hasta parecía interesarse en las magnificencias del nuevo reino. En una visita que hizo á uno de nuestros establecimientos públicos, se condujo con un tacto y un miramiento que le granjearon la aprobación general. Rodeado de una muchedumbre que le pedía de rodillas su bendición, advirtió á un hombre cuyo semblante severo y melancólico llevaba aún impresa la huella de nuestras extinguidas pasiones, el cual volvía la cabeza para evitar la bendición pontifical; el Padre Santo se le acercó y le dijo con dulzura: «No huya usted: la bendición de un anciano no ha causado nunca daño.» Este dicho noble y elocuente fué repetido y celebrado por todo París.

No distrajeran á Napoleón de sus grandes asuntos las funciones y atenciones diarias que prodigó á su venerable huésped; las escuadras destinadas á reunirse para la invasión continuaban absorbiendo toda su atención. La de Brest se hallaba ya por fin dispuesta á hacerse á la vela; pero la de Tolón, atrasada en su armamento por haber querido agregar á sus diez navíos otros tres más, había necesitado todo el mes de diciembre. Desde que se hallaba completa, un viento contrario le había estorbado salir del puerto durante el mes de enero. El almirante Missiessy, con cinco navíos armados en Rochefort, esperaba una tempestad para ocultar su salida al enemigo. Napoleón consagraba este tiempo á la administración interior de su nuevo imperio.

Aunque decidido á empeñar una guerra á muerte con la Inglaterra, creyó que debía comenzar su reinado con una medida de todo punto inútil á la sazón, y que además de su inutilidad tenía el inconveniente de ser una repetición de otra medida oportunísima que había adoptado en la época de su promoción al consulado. Escribió una carta al rey de Inglaterra proponiéndole la paz; y la envió por un bergantín al crucero inglés que se hallaba á la vista de Boloña. Fué la carta inmediatamente comunicada al gabinete británico, el cual mandó á decir que más adelante se remitiría la respuesta. La paz era posible y aun necesaria para las dos potencias en el año 1800; el paso dado en aquella época por el primer cónsul era, pues, muy conveniente, y la repulsa que recibieron sus proposiciones de paz, seguida de las victorias de Marengo y de Hohenlinden, cubrió de vergüenza á Mr. Pitt, y hasta fué una de las principales causas de la caída de este ministro. Pero en 1805, abocados los dos pueblos á la nueva guerra, acrecentadas sus pretensiones hasta el punto de no poderse ya arreglar sino por medio de la fuerza, una proposición de paz parecía demasiado visiblemente calculada para afectar moderación, ó para proporcionarse la ocasión de hablar con el rey de Inglaterra de monarca á monarca.

Mucho más que estas vanas pretensiones urgía la organización definitiva de la república italiana. Esta república, hija de la república francesa, estaba destinada á seguir en todo la suerte de su madre. En 1802, cuando se instituyó la Consulta de Lyon, se había constituido á imitación de la Francia, adoptando un gobierno, republicano en la forma y absoluto en la esencia. Ahora era natural que diese el último paso en pos de su modelo, y que de república se convirtiese en monarquía.

Dejamos referidas en el libro precedente las insinua-

ciones que Mr. Cambaceres y el ministro de la república italiana en París, Mr. de Marescalchi, había tenido orden de hacer al vicepresidente Melzi y á los individuos de la consulta de Estado. Estas insinuaciones habían sido asaz bien recibidas, aun cuando el vicepresidente Melzi, propenso á la aspereza por el mal estado de su salud y por el peso de un cargo superior á sus fuerzas, hubiese mezclado á su respuesta muy amargas reflexiones. Aceptaban los italianos sin sentimiento la transformación de su república en monarquía, porque esperaban aprovecharse de esta coyuntura para obtener, en parte al menos, el cumplimiento de sus deseos. No tenían inconveniente en admitir un rey, ni en que lo fuese un hermano de Napoleón, siempre que la elección recayese en José ó en Luis Bonaparte, y no en Luciano, á quien formalmente excluían; querían que este rey lo fuese privativamente para ellos; que residiese siempre en Milán; que las dos coronas de Francia y de Italia quedasen inmediatamente separadas; que todos los empleados fuesen italianos; que dejara de pagarse todo subsidio para el mantenimiento del ejército francés; y finalmente, que Napoleón se encargase de hacer aprobar por el Austria este nuevo cambio.

Con estas condiciones, decía el vicepresidente Melzi, quedarán los italianos satisfechos, porque no han experimentado todavía las ventajas de su emancipación más que por un aumento de contribuciones.

La idea de que su dinero pasa al otro lado de los montes, suele preocupar comunmente á los italianos, sometidos hace tanto tiempo á las potencias de allende los Alpes. Sin embargo, no les falta otro motivo mejor y más noble, para desear su emancipación, cual es el de vivir bajo un gobierno nacional. Las razones poco decorosas exasperaban á Napoleón, sin causarle sorpresa, porque si bien tenía en poca estima á los hombres, al menos nunca procuraba envilecerlos. En efecto, nunca trata de envilecer á sus semejantes el que espera de ellos grandes cosas. Indignábanle, pues, las razones del vicepresidente Melzi. «¿Es posible, exclamó, que á los italianos sólo les duela el dinero que les cuesta su independencia? Sería preciso suponerlos muy degradados, ó muy cobardes; yo por mi parte estoy muy distante de tener de ellos esa idea. ¿Pueden acaso emanciparse y defenderse por sí mismos sin el auxilio de soldados franceses? Si no pueden, ¿no será justo que contribuyan á mantener á los que por ellos vierten su sangre? ¿Quién por ventura ha reunido en un solo Estado, para formar un cuerpo de nación, cinco ó seis provincias, gobernadas en otro tiempo por cinco ó seis príncipes diferentes? ¿Quién sino el ejército francés, y yo que las mando? Si yo hubiera querido, toda la Italia superior estaría hoy descuartizada, y distribuida en recompensas, parte para el papa, parte para el Austria, parte para los españoles. Con hacerlo así, hubiera yo desarmado á las potencias, y conquistado para la Francia la paz del continente. ¿No ven acaso los italianos que la constitución de su nacionalidad empieza por un Estado que comprende ya la tercera parte de toda la Italia? ¿No se compone su gobierno de italianos? ¿No está fundado en los principios de justicia, de igualdad, de una libertad racional; por último, en los mismos principios de la revolución francesa? ¿Qué más pueden desear? ¿Puedo yo hacerlo todo en un día?»

Napoleón esta vez tenía suma razón para quejarse así de la Italia. Si no hubiera sido por él, la Lombardia hecha pedazos hubiera sido presa de la ambición del papa, del emperador de Alemania, de la España y de la casa de Cerdeña, y servido de equivalente para la reunión del Piamonte con la Francia. Cierto es que el celo de Napoleón en constituir la nacionalidad italiana tenía por móvil los intereses de la política francesa; pero ¿dejaba por eso de ser sumamente beneficioso para los italianos semejante modo de comprender la política francesa? ¿No debían ellos á esta política en justicia la cooperación de todos sus esfuerzos? Veintidós millones al año para mantener á treinta y tantos mil hombres (número ficticio, porque comunmente se necesitaban sesenta mil por lo menos), no eran en verdad una carga tan insoportable para un país que comprendía las más pingües provincias de Europa.

Fuera de esto, curábase muy poco Napoleón de las impertinentes reclamaciones del vicepresidente Melzi. Sabía que no había de hacer demasiado caso de los efectos de su mal genio. El partido moderado italiano, con el cual gobernaba, abandonado por la aristocracia y por los clérigos, que propendían por lo general hacia los austriacos, y por los liberales, que profesaban ideas exageradas, mostraba en su aislamiento cierta tristeza y pintaba sin querer aquella situación con los colores más sombríos. Muy poco atendía á sus ayes Napoleón, el cual, siempre dedicado á substraer la Italia al Austria, buscaba sólo el medio de acomodar su organización con las nuevas instituciones de la Francia.

La ceremonia de la consagración proporcionó que se reunieran en París el vicepresidente Melzi y varios delegados de las diversas autoridades italianas. Cambaceres, Marescalchi y Talleyrand entraron con ellos en negociación y se pusieron de acuerdo sobre todos los puntos, excepto uno sólo, que fué el del subsidio que se debería pagar á la Francia, porque los italianos invocaban la ocupación francesa como su salvación, pero no querían soportar sus gastos.

Encargóse luego al archicanciller Cambaceres que tratase con José Bonaparte el punto relativo á la elevación de éste al trono de Italia. José, con gran asombro de Napoleón, rehusó aquel trono por dos motivos, el uno muy natural, el otro de extraordinaria presunción: declaró que en virtud del principio de la separación de las dos coronas, siendo la renuncia al trono de Francia la condición precisa de la admisión del trono de Italia, deseaba continuar como príncipe francés, con todos sus derechos de sucesión al imperio; pues no teniendo hijos Napoleón, prefería la posibilidad lejana de reinar algún día en Francia á la certeza de reinar inmediatamente en Italia. Esta pretensión nada tenía en sí que no fuese natural y procedía de un deseo muy patriótico. El otro motivo de repulsa alegado por José era el que se le brindaba con un reino demasiado vecino, y por lo tanto demasiado dependiente; que no podría reinar sino bajo la autoridad del imperio francés, y que no le convenía reinar á ese precio. De este modo iban ya despuntando los sentimientos que animaron á los hermanos del emperador cuando ocuparon los tronos que á él plugo repartirles. El no querer consejos de un hombre como Napoleón, era prueba de una loca vanidad; era además una ingratitude muy antipolítica el querer emancipar

de su autoridad y poder; porque al frente de un Estado italiano de nueva creación, tender al aislamiento era procurar á un mismo tiempo perder á la Italia y debilitar la Francia.

Las instancias que se hicieron á José fueron inútiles, y á pesar de haberse anunciado su futuro advenimiento al trono á todas las cortes con las cuales estaba en relación la Francia, el Austria, la Prusia y la Santa Sede, fué menester variar de pensamiento é imaginar otra nueva combinación. Advertido Napoleón por esta prueba de que no debía establecer en la Lombardia una monarquía envidiosa, dispuesta á contrarrestar sus grandes designios, resolvió ceñirse la corona de hierro y calificarse EMPERADOR DE LOS FRANCESES Y REY DE ITALIA. Sólo una cosa se oponía á este proyecto, que era el recuerdo que volvía á suscitarse de la reunión del Piamonte con la Francia, por lo cual podría resentirse profundamente el Austria y pasar otra vez de sus propósitos pacíficos á las ideas belicosas de Pitt, el cual procuraba, desde su última entrada en el gabinete, aprovecharse del rompimiento de las relaciones diplomáticas entre Francia y Rusia para trabar una nueva coalición. Para evitar este inconveniente, propúsose Napoleón declarar formalmente que la corona de Italia no permanecería en su cabeza sino hasta la pacificación, y que entonces verificaría la separación de las dos coronas, eligiendo entre los príncipes franceses el que hubiera de sucederle. Adoptó por de pronto á Eugenio de Beauharnais, aquel hijo de Josefina á quien amaba como si fuera suyo propio, y le confió el virreinato de Italia.

Tomada esta decisión, muy poco se curó de hacérsela aceptar al vicepresidente Melzi, cuyas quejas, ya intempestivas é infundadas, empezaban á cansarle; porque iba advirtiéndose en él mucho más deseo de granjearse una especie de popularidad, que intención de trabajar en la constitución futura de la Italia. Cambaceres y Talleyrand recibieron el encargo de participar estas resoluciones á los delegados italianos que se hallaban en París y de combinar con ellos los medios de llevarlas á cabo. Parecían temer éstos que los tres grandes colegios permanentes, el de los *possidenti*, el de los *dotti* y el de los *comercianti*, á quienes se había confiado la elección de las autoridades y la modificación de la Constitución cuando llegara el caso, se opusieran á cualquier proyecto que no fuese el de erigir una monarquía lombarda, inmediatamente separada de la monarquía francesa, y que como medio de resistencia se valiesen de la inercia italiana absteniéndose de votar en pro y en contra. En tales circunstancias renunció Napoleón al uso de las formas constitucionales y procedió á guisa de creador, como quien había hecho de la Italia lo que quería que fuese en adelante. Dirigióle Mr. de Talleyrand un informe demostrando que aquellas provincias, dependientes las unas de la antigua república veneciana, las otras de la casa de Austria, éstas del duque de Módena, aquéllas de la Santa Sede, y reunidas por el derecho de conquista en un solo Estado, dependían, por este mismo derecho, de la voluntad del emperador de los franceses; que lo que éste les debía era sólo un gobierno justo, adaptado á los intereses y fundado en los principios de la revolución francesa; pero que por lo demás era enteramente dueño de dar á este gobierno

la forma que mejor conviniese á sus vastos designios. Seguía á este informe un decreto constitutivo del nuevo reino, decreto que debía ser adoptado por la consulta de Estado y los diputados italianos presentes en París, comunicado después al senado francés como uno de los grandes actos constitucionales del imperio y promulgado en una sesión imperial. Sin embargo, era preciso que la Italia hiciese algún papel en estas nuevas determinaciones, y para esto se imaginó renovar en ella la escena de la coronación. Se resolvió sacar del tesoro de Monza la famosa corona de hierro de los reyes lombardos para que Napoleón se la ceñiera, después de haberla bendecido el arzobispo de Milán, con arreglo al uso antiguo de los emperadores germánicos, los cuales recibían en Roma la corona de Occidente y en Milán la de Italia. Esta escena debía halagar á los italianos, reanimar sus esperanzas, ganar el partido de los nobles y del clero, los cuales en la dominación austriaca sentían más que nada la falta de las formas monárquicas, y contentar al pueblo, siempre amante del lujo de sus dominadores; porque este lujo, además de fascinar sus ojos, alimenta su industria. Por lo tocante á los liberales ilustrados, no podían éstos menos de acabar reconociendo que sólo el consorcio de los destinos de Italia con los de Francia podía asegurar su porvenir.

Se convino en que, después de adoptado el nuevo decreto, los diputados italianos, el ministro Marescalchi y el gran maestro de ceremonias Mr. de Segur, precederían á Napoleón á Milán, para organizar allí una corte italiana y disponer la solemnidad de la coronación.

Cundían á la sazón mil rumores entre la diplomacia europea: decían unos que Napoleón iba á dar la corona de Holanda á su hermano Luis, otros que iba á dar la de Nápoles á José, y aun había quien aseguraba que iba á reunir la Suiza y Génova al territorio francés. Tampoco faltaba quien asegurase que Napoleón se proponía hacer del cardenal Fesch un papa, ni quien hablase ya de estar reservada la corona de España para un príncipe de la familia de Bonaparte.

El mismo rencor hacía á sus enemigos adivinar algo de sus planes, abultándolos por otra parte, y aun á él le sugería pensamientos que hasta entonces nunca había tenido, facilitándole sin duda alguna el modo de realizarlos con preparar de antemano la opinión pública en Europa. La sesión del senado para la promulgación del decreto constitutivo del reino de Italia debía confirmar forzosamente todas estas sospechas, fuesen ó no fundadas, pero seguramente muy exageradas por entonces.

Fueron primeramente convocados los diputados italianos que se hallaban en París; se les manifestó el decreto, al cual se adhirieron unánimemente, y en seguida se dispuso la sesión imperial para el 17 de marzo de 1805 (26 ventoso del año XIII). Se dirigió el emperador al Senado á las dos de la tarde, rodeado de todo el aparato de los soberanos constitucionales de Inglaterra y de Francia cuando celebran una sesión regia. Fué recibido al umbral del palacio del Luxemburgo por una numerosa diputación, y fué después á sentarse á un trono alrededor del cual estaban de pie los príncipes, los seis grandes dignatarios, los mariscales y los grandes oficiales de la corona. Mandó se diese cuenta del objeto de aquella sesión, y Mr. de Talleyrand leyó su informe y